

LA PRESENCIA DEL CUERPO AUSENTE

Leticia Calvario Martínez

RESUMEN

El cuerpo de la mujer, además de sus particularidades biológicas, es interpretación, cultura, religión; en definitiva es un constructo social. El presente ensayo es una breve y quizá forzada —pero necesaria— comparación de miradas extremas que, tanto en el mundo oriental como en el occidental, han relegado a las mujeres. Dicha comparación pretende superar aquellas visiones de supuesta supremacía ética o moral de una cultura sobre otra para dar paso a trabajos intelectuales y actividades artísticas cuyas miradas presencian aquello que se oculta.

ABSTRACT

Besides its biological particularities, women's body also means interpretation, culture, religion; it is in fact a socially constructed entity. This essay presents a brief and maybe forced —but needed— comparison of opposing views from Eastern and Western worlds, both of which have put women aside. This comparison seeks to overcome those views that support an allegedly ethical or moral supremacy of one culture over the other. The essay then leads to intellectual works and art representations whose regards witness what remains hidden.

EL CUERPO AUSENTE

Si a lo largo de la historia ha sido complicado hablar de la importancia y existencia de las mujeres, aún más lo ha sido hablar de sus cuerpos por las diferentes connotaciones culturales, mitos e ideologías que los rodean.

El cuerpo de la mujer es un cuerpo que se construye en la imaginación, se acaricia en los poemas y en las canciones, se venera mitológicamente, es un templo sagrado; es un cuerpo simbólico que adquiere sentido más allá de la existencia de la mujer en sí misma. Sin embargo, ello no quiere decir que la mu-

jer carezca de un cuerpo físico, biológico que por sí mismo representa, contiene y transmite una historia particular.

Pero cuando queremos hablar de cuerpos que son físicamente invisibles a los ojos del mundo; es decir, de cuerpos visiblemente cubiertos, nos enfrentamos a la difícil tarea de tratar de desenmascarar lo que se nos oculta.

¿Cómo hablar de algo que nuestros ojos no pueden ver? Ante esta situación, cada quien hace uso de su imaginación y tratamos de otorgarles una presencia más material a esos cuerpos invisibles, a esos cuerpos ausentes.

Cuando empezamos a imaginarnos esos cuerpos con ojos, boca, cabello, senos, piernas, brazos... cuerpos con piel, uñas, carne y huesos, empezamos a darles una presencia palpable, mundana. Pero estos cuerpos no tienen un significado aislado en sí mismo; adquieren su significado en el entorno, en la cultura, en la sociedad, en la historia y en la religión. Unos ojos claros y una piel blanca o unos ojos oscuros y una piel morena no tienen la misma valoración; por tanto, el cuerpo es un símbolo, es una construcción histórico-cultural.

Por todo ello debemos tener mucha cautela cuando hablamos de la “naturaleza” del cuerpo; se ha estudiado que detrás de la palabra “naturaleza” existe un concepto peyorativo que se le atribuye a la mujer; es evidente que hombres y mujeres son fisiológicamente diferentes pero en esta diferencia esencialista se ha fundamentado la inferioridad de las mujeres atribuyéndoles características, incluso corpóreas, de fragilidad, debilidad, incapacidad, etc.; son cuerpos hermosos, dadores de vida, pero al mismo tiempo se proclaman como la tentación personificada, y como una fuente de perdición para los hombres. Por tanto, son cuerpos que deben ser controlados, manipulados y en muchos casos encerrados, haciéndolos prisioneros de ideologías en donde el hombre debe contener el dominio de aquello que atente contra el orden cultural predominante.

De las visiones alternativas que resignifiquen positivamente estos cuerpos depende el darle una visibilidad, una presencia digna a estos cuerpos ausentes; el cuerpo de las mujeres debe ser revalorizado socioculturalmente, independientemente de que se presenten desnudos, vestidos u ocultos a nuestro sentido visual. Para darle una presencia positiva al cuerpo ausente, se debe visualizar en un sentido humanístico.

EL CUERPO RELIGIOSO

Aunque un cuerpo de mujer se nos presente totalmente cubierto¹, no deja de ser el

cuerpo de una mujer. Aunque físicamente sean cuerpos con órganos femeninos, igual al de cualquier otra mujer de cualquier otra parte del mundo, estos cuerpos se particularizan por ser cuerpos ocultos, esa es su peculiaridad, así los debemos de entender; no es necesario arrancarles sus ropajes para darles una presencia humanitaria. Tampoco debemos perder de vista que esos cuerpos forman parte de una importante civilización plena de tradiciones, costumbres, religiones y herencias ancestrales, y para significarlos deberíamos releerlos bajo categorías diferentes a las occidentales. Pero como no podemos abstraernos de nuestra propia subjetividad, por lo menos debemos hacer el esfuerzo por realizar una lectura contrastante, buscando semejanzas y diferencias.

El mundo árabe tiene un fuerte componente religioso que da vida a la estructura de la sociedad. Es una cultura que fundamentalmente se rige por el libro sagrado del islam, el Corán². Este texto no coincide con la presentación argumentativa a la que estamos acostumbrados; el Corán no se lee de principio a fin, no tiene un orden numérico ni expositivo; ha respetado “el orden con que Dios habló a Mahoma”.

Respecto al tema que nos ocupa, existen sociedades árabes que han interpretado o deducido de algunas *suras* (párrafos) del Corán, que el cuerpo de la mujer pasa por ciclos o momentos que son considerados como impuros por lo que se les prohíbe, por ejemplo, rezar o ayunar durante la menstruación. Se ha asegurado que en el Corán se habla de las mujeres como si fueran algo defectuoso y malo, algo provocativo para los hombres; y que su espacio tan solo se encuentra en el hogar, salir sola de él es algo deshonorables, en todo caso tan solo es permitido si lo hace acompañada por un hombre de la familia. La mujer manda en el hogar y tiene que realizar sus actividades lo mejor posible, pero la distribución y manejo de la economía familiar tiene que estar supervisada por el marido.

1 En este momento estamos hablando de aquellas mujeres arabo-musulmanas de regímenes fundamentalistas-extremistas.

2 Sabemos que no todos los árabes son musulmanes por lo que cabe aclarar que, por el momento, nos estamos refiriendo a la quinta parte de musulmanes del mundo que son árabes.

Las mujeres, según el Corán, no tienen que cambiar la creación de Dios, por eso, en algunas sociedades, se prohíben los tatuajes, las depilaciones o cosas semejantes.

Ante ello debemos considerar que también en el Antiguo Testamento de la Biblia se presentan figuras femeninas malignas, tentaciones para el hombre que lo llevan por el camino del mal. La mayor exponente de esta creencia es Eva. Pero existen interpretaciones no literales de la Biblia en donde surgen figuras aún más rebeldes y desconcertantes: Lilith.

Fausto: ¿Quién es esa?

Mefistóteles: Mírala bien. Es Lilith.

Fausto: ¿Quién?

Mefistóteles: La primera mujer de Adán. Guárdate de su hermosa cabellera, la única gala que luce. Cuando ella atrapa a un joven no le suelta fácilmente.

(*Fausto*, de Goethe)

Lilith es una diablesa, posiblemente de origen asirio-babilónica; en la tradición oriental, princesa de los Socubos. En ocasiones la encontramos representada con la mitad de su cuerpo en forma de serpiente (símbolo de maldad y tentación); seductora y devoradora de hombres a los que atacaba cuando estaban dormidos y solos; fue también un espíritu maligno que atacaba a las parturientas y extrangulaba a los recién nacidos. Lilith representa la rebeldía a todos los roles atribuidos tradicionalmente a las mujeres; incluso la propia maternidad. Lilith sería la primera compañera de Adán, pero a diferencia de Eva, Dios no la formó desde la costilla del primer hombre sino desde la inmundicia y sedimento, la pareja nunca encontró la paz porque Lilith no queriendo renunciar a su igualdad, polemizaba con su compañero sobre el modo y la forma de realizar la unión carnal.

¿... por qué he de acostarme debajo de ti?
—preguntaba—

yo también fui hecha de polvo y por consiguiente soy tu igual... (Bornay, 1990:25).

Como Adán trató de obligarla a obedecer por la fuerza, Lilith airada pronunció el nombre

mágico de Dios, se elevó en el aire y lo abandonó. La diablesa huyó del Edén para siempre y se fue a vivir a la Región del Aire donde se unió con el mayor de los demonios y generó con él toda una estirpe de diablos.

Lilith fue la primera mujer que se reveló. A diferencia de Eva, quien también incitó al pecado, ella abandonó a Adán. Estas dos simbologías de la maldad (Eva y Lilith) están arraigadas en la concepción del cuerpo de la mujer como algo natural. La creencia de la maldad innata de las mujeres se recoge tanto en el Corán como en la Biblia. Las dos religiones tienen un Dios masculino benefactor y todopoderoso; en esta concepción, las figuras femeninas representadas en Eva y Lilith son la antítesis del bien y representan la perdición del mundo.

EL CUERPO SOCIAL, RITUAL Y TRADICIONAL

Las tradiciones y los rituales sociales suelen retomar la conceptualización religiosa de la maldad e impureza del cuerpo de las mujeres. Como hemos señalado, en el mundo árabe, el cuerpo y el comportamiento social de las mujeres está regulado bajo un profundo componente religioso; pero en ocasiones este control se lleva a tales extremos que atenta contra los derechos humanos; es decir, contra aquellos principios y valores que, desde occidente, percibimos como universales. En la actualidad uno de los ejemplos más sonados ha sido el tremendo sistema perpetuado por los *talibanes* en Afganistán para controlar a las mujeres³.

Según el calendario islámico, en la actualidad, están viviendo en el año 1425 y para la forma en que viven aquellas mujeres, de verdad, parece que retrocedemos casi seis siglos en el tiempo. Las privaciones e injusticias que

3 Debemos recordar que “la liberación” de las niñas y mujeres fue uno de los pretextos discursivos que se usaron para iniciar la guerra contra Afganistán. Los *talibanes* eran supuestamente el objetivo pero la masacre fue contra un pueblo sumergido en la pobreza; el bienestar de las mujeres no es, ni ha sido, una preocupación de primer orden, de sobra sabemos que los intereses políticos y económicos son de otra índole.

sufren en carne propia las mujeres bien podrían inspirar una novela de la Edad Media.

En Afganistán, los *talibanes* impusieron el código vestimentario a todas las mujeres: el *burka* o *chadri*, esa especie de tienda de campaña individual con un enrejado a la altura de los ojos, sin el cual está prohibido salir de casa. Aun llevando puesto el *burka*, una mujer no podía salir sola a la calle sin la compañía de un pariente masculino, era la ley; la ley que los *talibanes* impusieron. La mujer que se atrevía a mostrar públicamente, incluso sólo el rostro, era sentenciada a morir en manos del pueblo. Es lamentable darnos cuenta que conforme pasa el tiempo nos acostumbramos a escuchar hablar de las lapidaciones, o sea de aquellas mujeres que son enterradas vivas hasta la altura del cuello y se les apedrea la cabeza hasta que encuentran la muerte. Los hombres se sentían en la libertad de quemar a sus esposas, sin temor a ser castigados por la ley, si consideran que ellas les habían sido infieles en cualquier sentido. Hay mujeres que han sufrido la amputación de sus dedos por atreverse a pintarse las uñas. Las mujeres afganas estaban expuestas cotidianamente a ser castigadas con el tiro de gracia públicamente por no cuidarse de cubrir sus tobillos.

A diferencia de estos casos tan dramáticos establecidos por la ley patriarcal, el uso del velo está planteado en el Corán para reconocer a las mujeres honestas y poder respetarlas; en este sentido el uso del velo le brinda seguridad a la mujer, es una forma de protección para ellas mismas; con el velo se crea un espacio en el cual las mujeres se sienten protegidas de las agresiones del exterior, el velo es un símbolo que define que las mujeres pertenecen a esa comunidad y por ello tienen que ser respetadas.

En el Corán está aceptada la poligamia, pero no como nosotros lo entendemos, es aceptada pero también limitada, porque el hombre que tiene más de una mujer está obligado a darle el mismo trato a todas, algo que es imposible material y físicamente (sólo Mahoma estaba capacitado para cumplir esta reglamentación).

Tenemos que tener en cuenta que en la noche de bodas todo el mundo debe de dar testimonio de la virginidad de la mujer; pero esto no se da únicamente entre los musulmanes, las

gitanas, por ejemplo, hacen “la prueba del pañuelo”: ya sea la madre del esposo o una mujer anciana que goza del reconocimiento y respeto de su comunidad debe introducir un pañuelo en la vagina de la mujer para comprobar su virginidad; o incluso en nuestros tiempos, aún sabemos de comunidades donde es necesario mostrar al pueblo la sábana manchada de sangre para atestiguar la virginidad de las mujeres.

EL CUERPO MUTILADO

El origen de la iniciación sexual de las mujeres se remonta a la Grecia clásica, a través de la historia han sido variadas las formas de preparar a la mujer para el matrimonio; en este sentido de preparación y de iniciación sexual en el Africa negra se practica la extirpación del clítoris; ello se hace en el momento en que la mujer entra a su etapa reproductiva; es decir, antes de su primera menstruación; incluso antes de que la mujer descubra el autoerotismo a través de la masturbación. Algunas sociedades árabes retoman la mutilación genital femenina como una de sus tradiciones que marcará la peculiaridad de la vida sexual de las mujeres.

Es importante resaltar que en el Corán no existe ningún *sura* del que se pueda derivar la prescripción del ejercicio de la mutilación genital femenina. Esta práctica es una tradición cultural y social que intenta asegurar la fidelidad de las mujeres; la mutilación puede ser efectuada de varias maneras y por cualquier mujer mayor; de lo que se trata es que la mujer no logre sentir placer durante el acto sexual porque su misión es exclusivamente reproductora. De esta manera el hombre se asegura la fidelidad de la mujer ya que esta no siente deseo o necesidad de sustituirlo por otro hombre en búsqueda de placer. En este sentido solo el hombre tiene derecho a vivir y a sentir el placer sexual. Bajo el concepto de los derechos humanos, la práctica de la mutilación genital no puede ser tolerada; a todas vistas es una práctica que resulta dolorosa y marca física y psicológicamente a las mujeres. La propia experiencia de la escritora árabe Nawal al Sa'dawi es reveladora:

Una noche cuando tenía 6 años y yacía confortablemente en mi cama... sentí que algo se movía bajo mis sábanas, parecía como una enorme mano, fría y áspera, que me manoseaba el cuerpo como buscando algo. Casi al mismo tiempo, otra mano, tan fría, áspera y grande como la primera, me tapó la boca para impedirme gritar. Me llevaron al cuarto de baño. No sé cuántos eran, y no recuerdo sus caras, ni si eran hombres o mujeres... Lo único que recuerdo es que estaba asustada, que eran muchos y que una mano de hierro me agarró las manos, los brazos y los muslos de forma que me resultaba imposible oponer cualquier tipo de resistencia o moverme. Recuerdo voces y murmullos desconocidos, interrumpidos una y otra vez por un sonido metálico chirriante que me trajo a la memoria al carnicero que solía afilar el cuchillo antes del sacrificio del cordero... Creía que unos ladrones habían irrumpido en mi habitación, me habían raptado y en ese momento se disponían a cortarme el cuello... agucé el oído para intentar identificar el chirrido del sonido metálico. Entonces cesó y sentí que el corazón también me dejaba de latir... suponía que lo que provocaba aquel sonido chirriante se estaba aproximando a mí. Pero, por alguna razón, no se me acercaba al cuello, sino a otra parte del cuerpo; se dirigía hacia algún lugar del bajo vientre... de repente, aquel objeto metálico afilado se hundió entre mis muslos y me cortó un trozo de carne. A pesar de tener la boca bien tapada por aquella mano, grité, porque lo que sentía no era un simple dolor, era una llama que me abrasaba y me atravesaba todo el cuerpo. Un instante después vi que un charco de sangre bañaba mis caderas. No sabía qué parte del cuerpo me habían cortado, simplemente lloraba y llamaba a mi madre pidiendo ayuda. Pero, cuando miré a mi alrededor, el golpe más duro fue descubrir a mi madre allí, de pie, a mi lado. Si, era ella, en cuerpo y alma, no me estaba confundiendo, allí,

en medio de todos esos extraños, hablándoles y sonriéndoles, como si, apenas hacía unos minutos, no hubieran participado en el sacrificio de su hija. Me llevaron a la cama. Vi cómo cogían a mi hermana, dos años menor que yo, exactamente del mismo modo en que me habían agarrado a mí unos minutos antes... pude verle la cara a mi hermana, tenía la tez pálida, moribunda y sus inmensos ojos negros se cruzaron con los míos durante una fracción de segundo... poco después desaparecía tras la puerta del mismo cuarto de baño en el que yo acababa de estar. La mirada que intercambiamos parecía querer decirme: Ya sabemos lo que es. Ya sabemos en qué reside nuestra tragedia. Hemos nacido de un sexo especial, el sexo femenino. Estamos destinadas a padecer la miseria y a vivir con una parte del cuerpo mutilada por unas manos frías, insensibles y crueles (Nawal al Sa'dawi, 1991).

Es extensa la lista de efectos negativos que conlleva sobre el cuerpo y la mente de las mujeres, la práctica de la mutilación genital; tan sólo por nombrar algunos, sabemos que la escisión del clítoris perjudica la salud de la mujer y provoca fuertes traumas sexuales, contribuye a disminuir el deseo sexual, da origen a muchas complicaciones como hemorragias, inflamaciones del conducto urinario, hinchazones y complicaciones a la hora del parto; las mujeres no pueden alcanzar una plena salud física y mental si no experimentan el placer sexual.

Es difícil tratar de erradicar este tipo de prácticas desde una visión exterior a las tradiciones de estas culturas, ya que una mujer que no esté mutilada nunca va a encontrar pareja, y encontrarse sin un hombre es lo peor que le pudiera pasar, porque la mujer tan sólo adquiere una identidad a través del hombre; además esta práctica se transmite por las propias mujeres quienes, aunque en su momento también fueron víctimas de la mutilación, piensan que es sumamente necesario para que sus hijas no sean rechazadas o excluidas del grupo social al que pertenecen.

Nos parece importante subrayar que la mutilación genital no se lleva a cabo en todos los países islámicos, aunque muchas veces se empeñan en hacérselo creer, ni tampoco es una práctica exclusiva en el mundo árabe; en nuestras sociedades occidentales, también existe la mutilación, aunque no genital, pero al fin y al cabo mutilación. Sabemos que en nuestra ideología existen estereotipos de belleza que nos obligan a modificar irreversiblemente nuestros cuerpos a través de cirugías estéticas o, en el caso de los varones, bajo la argumentación médica de la higiene, la práctica de la circuncisión. Incluso, vivimos una mutilación mucho más fuerte a través del “fantasma de castración” (Berlincioni, 2001) con el que hemos cargado a lo largo de toda la historia de la sexualidad occidental.

EL CUERPO SILENCIADO

Después de lo que hemos mencionado hasta el momento, surge la incógnita de saber qué piensan y cómo reaccionan las mujeres que se han visto obligadas a renunciar a todo sentido, gozo o placer que un cuerpo autónomo y propio puede brindar. ¿Será acaso que no se dan cuenta?, ¿estarán tan acostumbradas que lo ven todo tan natural?, ¿estarán de acuerdo con su situación? Podríamos pensar que su pasividad es producto de la interiorización y asimilación del sistema; quizá hay quienes realmente crean que son inferiores a los hombres y que su única misión en este mundo es cuidar y satisfacer los deseos de los demás; pensar lo contrario significaría su exclusión y el rechazo.

Una de las pocas mujeres que se han atrevido a alzar la voz y denunciar al sistema patriarcal es Nawal al Sa'dawi quien fuera expulsada y condenada al destierro por atentar contra el orden establecido.

Esta escritora de origen egipcio analiza y critica, en sus libros, al patriarcalismo y demuestra que el papel de la mujer es tan sólo el de la mujer-objeto. En *Mujer en punto cero* Nawal al Sa'dawi recupera la entrevista que le realizó a una mujer encarcelada que espera la muerte; es la historia verídica de Frida, que evoca, narrando con una simplicidad bella y salvaje,

imágenes y escenas de su niñez en una aldea del Delta Egipcio; luego nos habla de su desastroso matrimonio en El Cairo y su primera experiencia ejerciendo la prostitución para poder salir adelante; posteriormente vive un corto interludio de respetabilidad y amor, pero finalmente se ve obligada a venderse definitivamente como prostituta. Al final, asesina con un puñal al hombre viejo que la explotaba, sintiéndose liberada por primera vez en su vida del gran yugo que la atormentaba. Esta última rebelión contra el modelo de vida que le ha sido impuesto, deberá pagarlo con su vida (Nawal al Sa'dawi, 1989).

Son pocas las mujeres árabes que, como Nawal al Sa'dawi, han tenido acceso a la educación superior. Y al escribir textos como este han sido rechazadas violentamente por su sociedad. Estas mujeres tienen que luchar no sólo contra un sistema patriarcal ejercido por los hombres sino también contra un sistema patriarcal asumido por las propias mujeres de su comunidad. Su lucha es ardua y difícil, las barreras a las que se enfrentan, por ejemplo, la poca difusión de su producción literaria en su país, es un mecanismo para silenciar sus palabras. Al igual que en otras tantas sociedades, estas mujeres son representadas a través de la literatura escrita por los varones; en particular en la poesía, la mujer tiene el papel de la maravillosa, la hermosa, la lejana, la no real:

¡Oh mi elegida entre todos los seres humanos!
 ¡Oh estrella! ¡Oh luna!
 ¡Oh rama cuando camina,
 oh gacela cuando mira!
 ¡Oh aliento del jardín, cuando
 la agita la brisa de la aurora!
 ¡Oh dueña de una mirada lánguida
 que me encadena!
 ¿Cuándo me curaré? ¡Por ti daría
 la vista y el oído!
 Tu frescor aliviaría
 la obscuridad de mi corazón
 (Al-Mu'tamid Ibn'Abbad).

Pero son cuerpos imaginarios, cuerpos idealizados de mujeres inalcanzables, lejanas, ajenas al mundo; esta visualización les retira el derecho a ser partícipes de la vida política, su

misión no está encaminada a desarrollar su intelecto; ella es una mujer creada para cultivar las aptitudes artísticas; en este sentido, son la música y el canto lo que ellas pueden practicar. La palabra por la cual se accede al conocimiento tan sólo está destinada a los hombres.

Existen, sin embargo, escritos que tratan de retomar la palabra, de denunciar el silencio al que están sometidas las mujeres; y cuando lo hacen, nombran a esas mujeres ocultas, lejanas, y es entonces cuando se evidencia la situación de subordinación en el que se encuentran sumergidas. Por ejemplo, Naguib Mahfuz, a través de sus personajes, nos muestra una sociedad en donde la materialización del cuerpo de las mujeres carece de cualquier valor social, a diferencia de aquellos poemas que engrandecen el cuerpo imaginario. Esta autora, en su novela *Principio y fin* nos enseña que una mujer que se atreve a romper con el orden social establecido, generalmente orillada por su situación de desamparo y de pobreza extrema, tiene que pagar con su cuerpo, de alguna manera, por lo general con la muerte, la deshonra familiar y social que sus actos implican. *Principio y fin* es una historia de una familia numerosa y humilde. Ante la situación de pobreza inaceptable en la que vivían, una de las hijas, Nafisa, se ve obligada a ejercer la prostitución. Sin embargo, su hermano, Hasanayn, como varón busca acceder a una educación superior que le permita superarse a sí mismo y así ayudar a su familia; sin embargo, este intento se ve amenazado porque su hermana ha puesto en entredicho la buena reputación familiar, cosa que le puede costar el ingreso en la Universidad. Para salir de este problema, Hasanayn le pide a su hermana quitarse la vida para salvar el honor familiar, finalmente; ella no tenía nada que perder ya que por su situación de prostituta ya estaba socialmente condenada:

... He faltado, le dijo Nafisa a su hermano Hasanayn, no te pido perdón. No lo merezco. Él se volvió hacia ella a una velocidad extraña, alzó el brazo en el aire y se lo descargó en la cara, como un proyectil. Bamboleándose Nafisa retrocedió, pero sin articular el menor sonido, y acabó cayendo de espaldas y golpeándose la

nuca contra el suelo... Hasanayn se aproximó a ella y percibió la resolución en sus ojos.

Alzó su mano con la intención de golpearla hasta matarla, pero su hermana le pidió que esperara suplicante:

... No es que tema por mí, es que temo por ti. No quiero que te pase nada malo por mi culpa. La solicitud que expresaban sus palabras le exacerbó la cólera.

—¿Que no quieres que me pase nada malo por tu culpa?... ¡ya has hecho bastante, puta!

—No soportaría que te castigarán, volvió a suplicar con vehemencia. Y menos por matarme.

Después de repensar la situación, Hasanayn pensó que su hermana tenía razón, podrían culpabilizarlo de su muerte, así que le propuso que ella misma se quitara la vida y ella aceptó, “lo que dejo en la vida es peor que la muerte” aseguró Nafisa. Así que acordaron que el mejor lugar para realizarlo sería el río Nilo:

¿Estás preparada?, dijo con aspereza. La rabia se había impuesto a la apatía.

—Sí, contestó con una voz extraña, nueva para él. Nafisa empezó a apartarse de él muy despacio en dirección al Nilo.

—¡Que Dios tenga piedad de todos nosotros!, exclamó roncamente Hasanayn mientras echaba a andar a toda prisa, como un fugitivo, dejándola sola al filo del puente...

Hasanayn se escondió para asegurarse que su hermana tendría el valor de quitarse la vida y pudo ver como ella se lanzaba de cabeza al río (Naguib Mahfuz, 1988:313-317).

Los fragmentos de estos relatos son tan sólo ejemplos de la fuerza que puede transmitir la palabra literaria al denunciar las impunidades que se cometen contra la vida y los cuerpos

de las mujeres. Son estas palabras las que rescatan a los cuerpos femeninos del silencio más profundo al que están sometidos. Es necesario expandir y difundir este tipo de narraciones, que aunque pueden llegar a incomodar o a herir algunas susceptibilidades, son una puerta para darle voz a estas mujeres.

LA PRESENCIA DEL CUERPO AUSENTE

No nos sentimos con ningún derecho moral o ético para criticar las creencias y costumbres religiosas que se practican en cada sociedad; ninguna es mejor o peor que otras, simplemente forman parte de la cultura y de la historia de cada pueblo. De manera somera hemos tratado de explicar que ni en el Corán ni en la Biblia está establecida la inferioridad de la mujer. Lo que sí debemos rescatar son aquellos mitos que hablan de mujeres que buscan la igualdad con los hombres, a través de su rebeldía, que no se conciben como exentas de los mismos derechos de los varones por su diferencia sexual, ya que reivindican su origen común. De esta manera es evidente que todo depende de la interpretación y la lectura que se haga de estos libros sagrados; estamos convencidas de que estudios serios, no sexistas, sin prejuicios, revalorizan el sentido igualitario de las mujeres, mucho más allá de su diferencia sexual, como seres humanos. Por tanto es conveniente que se sigan realizando estudios que hagan una lectura positiva de las mujeres en los libros sagrados sin necesidad de atentar contra las creencias de las personas. Ahora bien, la reinterpretación del cuerpo femenino en los libros sagrados es necesaria pero no suficiente. No debemos dejar de denunciar al sistema patriarcal, desarrollado tanto en las sociedades orientales como occidentales, que han establecido un sinfín de mecanismos para dominar al sexo “débil”, al cuerpo de la mujer. Es la ideología patriarcal la que ha difundido su interpretación de las diferentes religiones para someter a las mujeres. En definitiva, ha controlado y eliminado a la Lilith que las mujeres llevan inscrita en sus cuerpos.

Si esto es así, es la ideología patriarcal la que obliga a ciertas mujeres, de ciertas sociedades y ciertas culturas a cubrirse total o parcialmente

para ser respetadas por los hombres de su comunidad; también es la ideología patriarcal, que en algunos lugares de nuestras sociedades occidentales, parece otorgar a los varones el derecho a violentar a las mujeres si es que utilizan vestimentas cortas o ajustadas; es este sistema, a través de sus costumbres sociales y legislativas, la que protege a los hombres; culpabilizando y castigando a las mujeres por provocar e incentivar los actos violentos de que son objeto. Así, se puede establecer una similitud entre el espacio de seguridad que le otorga a la mujer occidental el usar ropa ancha y holgada, al espacio de seguridad que le otorga el velo a las mujeres árabo-musulmanas. Hay que dejar claro que el problema no radica en qué tipo de vestimenta se use, o si el cuerpo de las mujeres se presente oculto, desnudo o vestido; el problema está en que las mujeres no tienen la libertad o la opción real de presentar su cuerpo de la manera que ellas decidan. Se habla del comportamiento de las mujeres, se legisla incluso sobre su vestimenta, pero no se controlan los impulsos animalescos de algunos varones por la atracción “natural” hacia las mujeres.

Desde la visión occidental parece inaceptable la práctica de la poligamia la cual está permitida en el Corán; pero como hemos visto, la poligamia tan sólo es factible siempre y cuando el hombre pueda mantener y asegurarles el sustento a todas y cada una de sus mujeres. No debemos de perder de vista que en sociedades fundamentalmente monogámicas aún existen personas que, por su libre albedrío, viven compartiendo al mismo hombre. Últimamente los medios de información nos han dado a conocer casos, en Estados Unidos, de hombres que están siendo juzgados por el delito de la poligamia o el adulterio. La argumentación que estos hombres usan para su defensa es que quieren y respetan a todas sus mujeres por igual.

En este panorama pensamos que el problema no radica en las creencias que tienen estos hombres y sus mujeres; el problema está, otra vez, en la ideología patriarcal que no otorga a las mujeres el mismo derecho que a los hombres para optar por su forma de vida. Es difícil imaginarnos a una mujer, ya sea oriental u occidental con varios hombres, aunque puedan respetarlos y amarlos a todos por igual.

Por otro lado, aún nos asombra oír hablar de prácticas como las de “la prueba del pañuelo” o el de la sábana manchada; pero estas prácticas en sí mismas no representan el problema; es la idea que subyace en las mentalidades, tanto orientales como occidentales, que requieren atestiguar la pulcritud sexual y la pureza corporal de las mujeres; de esta manera es la idea de la virginidad lo que atenta contra un cuerpo que tan sólo debería de pertenecer a las mujeres.

Respecto a la mutilación genital, la cuestión no es tan fácil, no es tan sólo decir que “no es justo”, que la gente que la practica es inconsciente. Es darse cuenta de que es una herencia interiorizada. Las madres saben que si no lo llevan a cabo, sus hijas serán excluidas y sufrirán el desprecio de su comunidad; en muchos casos no tendrán mayor opción que ejercer la prostitución o, como hemos visto, en sociedades fundamentalistas extremas, podrían pagarlo con su vida.

La violencia de la que es víctima el cuerpo femenino se manifiesta de varias formas, no sólo los cuerpos de las mujeres afganas han sido ultrajados. En nuestras sociedades occidentales día con día se acrecientan los malos tratos hacia las mujeres. Los medios de información están plagados de asesinatos pasionales y de violaciones en donde difícilmente se puede demostrar la culpabilidad del violador; nuestro sistema social y legislativo también propicia y protege el dominio masculino. Aunque presente un gran avance la proclamación de leyes que hablen de la igualdad y equidad de las mujeres, aún es necesario volver la vista a las injusticias socialmente aceptadas que se ejercen sobre el cuerpo de las mujeres.

Cualquier tipo de violencia hacia el cuerpo de las mujeres (la mutilación genital en Oriente o los malos tratos en Occidente) no es justificable bajo ninguna ideología religiosa; muy por el contrario, la Biblia habla del gran respeto y cuidado que se le debe procurar a la mujer; y en el Corán se prohíbe que sea modificado cualquier parte del cuerpo porque es una creación de Dios, en este sentido la mutilación genital representaría un gran atentado contra el propio Corán.

En la actualidad se están desarrollando diversos pensamientos que buscan la manera

de que se respeten los derechos humanos y fundamentales de hombres y mujeres sin atender contra sus ritos, costumbres, religiones, ideologías, etc.

Es difícil decir la última palabra para establecer el cambio. Pero sí es importante adquirir una postura o delinear caminos alternativos viables que reivindiquen la dignificación de la mujer como ser humano. Pensamos que es necesaria la elaboración de valores universales que superen las barreras religiosas, culturales y sociales. No estamos hablando de valores totalizantes, autoritarios u homologantes; nos referimos a valores que respeten la humanidad de las personas, en donde tanto hombres y mujeres, con sus respectivos cuerpos, sean considerados y visualizados independientemente de su color de piel, de su raza o de su religión; en definitiva, valores universales que nombren los cuerpos humanos, especialmente el de las mujeres, de manera positiva; valores universales que den una presencia a tantos cuerpos aún ausentes.

Ante la gran diversidad de sociedades fuertemente heterogéneas, fragmentadas y multiculturales, con intereses divergentes y a veces incompatibles, parece difícil encontrar una moral ética y estética que no sólo represente a un sector de la humanidad. En la actualidad hay diferentes esfuerzos encaminados a darle presencia a los cuerpos ausentes; una de las corrientes que adquiere gran fuerza es el multiculturalismo. En términos muy generales, esta corriente de pensamiento se entiende como una manifestación de la diversidad y del pluralismo; pero no son sólo conceptos descriptivos sino que pueden ser entendidos como propuesta ética normativa que llega a concretarse en prácticas político-institucionales. Es verdad que la defensa de la diversidad cultural puede inscribirse en la lógica de que las diferencias son un bien en sí mismo, pero ello no significa que todo sea deseable moralmente. Si bien la idea que subyace en el multiculturalismo es la necesidad de reconocer las diferencias y las identidades culturales, eso no supone, como ha señalado Rosa Cobo, que todas las culturas contengan aportaciones igualmente valiosas para el bienestar, la libertad y la igualdad de los humanos; es decir, no debe implicar una hipótesis de relativismo general. Y es que en un

relativismo cultural todo es válido entre sí y por sí mismo; pero, como asegura Rosa Cobo, las prácticas culturales y las formas de vida diferentes son dignas de protección y defensa sólo si no vulneran los derechos de los individuos. “La mutilación genital femenina es una práctica cultural que no amplía precisamente el contexto moral” (Cobo y De Miguel, 1998: 11).

La diversidad es riqueza y desarrollo, pero no debemos perder de vista que “el relativismo cultural indiscriminado conduce a la segregación y al guetto” (Touraine, 1995: 21). Si bien podemos coincidir con la idea que subyace en el multiculturalismo: por un lado, reconocer las diferencias y las identidades culturales, y por otro lado, dejar de manifiesto que la mentalidad de occidente ya no debe de seguir siendo el punto de referencia cultural por excelencia; ello no quiere decir que al respetar otras formas de pensar, se deba tolerar la mutilación genital o la pedofilia o cualquier otro caso que atente contra el cuerpo de otras personas. Rosa Cobo asegura que “... hay que distinguir entre pretensiones dignas de protección y de reconocimiento jurídico y las que no son acreedoras de ello, bien porque no lo necesitan, bien porque pueden ser satisfechas por otras vías más adecuadas, bien porque no lo merecen...” (1999: 54).

Una teoría que supera las diferencias resumiéndolas en una unidad corpórea es la teoría de sujeto nómada elaborada por Rosi Braidotti. La teoría del sujeto nómada puede ser interpretada como un cuerpo que supera las diferencias culturales en sí mismas, deviniendo así en un lugar político; es la idea de un cuerpo nómada; es la estrategia de un sujeto que atraviesa la crisis del pensamiento posmoderno asumiendo la complejidad; es la situación existencial de una individualidad multicultural que elige el devenir nómada.

Este sujeto es un ser humano encarnado, que asume la tarea de pensar cada diferencia fuera de la oposición que hay entre el sujeto fuerte y el sujeto débil. Rosy Braidotti realiza la elaboración política de la subjetividad alternativa; su nomadismo es una conciencia crítica que se sustrae, que no es adherente a fórmulas de pensamiento y comportamiento codificados en el ámbito social. Esta reflexión disuelve la idea

de centralidad y cada lugar de origen e identidad auténtica se busca al intentar hacer una red de conexiones; de lo que se trata es de superar las convenciones dadas.

El cuerpo del sujeto nómada puede ser pensado y propuesto como lugar que supera en sí y por sí mismo cualquier fundamentalismo e identidad fija. Ser nómada significa ser algo diferente en movimiento.

La conciencia nómada es una conciencia capaz de mezclar la coherencia con la movilidad, quiere pensar otra vez la unidad del sujeto sin recurrir a creencias humanísticas, sin opciones dualistas; uniendo cuerpo y mente en una transición intensiva e intransitiva (Braidotti, 1995).

Un ejemplo concreto que da testimonio de una forma diferente de vivir el cuerpo femenino sacándolo de su silencio y transformándolo en un lugar con voz, un lugar público y político, también lo podemos encontrar en el arte contemporáneo de Ana Mendieta.

Esta artista cubana utiliza su cuerpo en todas sus actuaciones; ella expresa y denuncia su inquietud personal con todo su cuerpo, deformándolo y dañándolo como símbolo de denuncia.

Su arte es un proceso de exploración corporal, su cuerpo es un lugar de búsqueda y una extensión de la naturaleza así como la naturaleza es una extensión de su cuerpo; desarrolla la posibilidad expresiva de su cuerpo sometido a un contexto hostil.

Ana Mendieta recupera la idea que siempre ha asociado a la mujer con la tierra, y lee con una nueva fuerza y clave esta relación mitológica estereotipada; con ello logra profundizar en la relación que existe entre su cuerpo, como cuerpo de mujer, con la naturaleza femenina. Transforma su cuerpo violado y maltratado en una palabra pública que se impone al mundo entero rompiendo las barreras entre lo público y lo privado que siempre han condicionado la vida de las mujeres.

Al otro extremo de estas interpretaciones del cuerpo arraigado en la tierra, en la naturaleza, encontramos otras expresiones artísticas que proponen una conceptualización posmoderna donde cuerpo y avances tecnológicos se funden y dan lugar a cuerpos que, siguiendo a

Laurie Anderson, podríamos denominar como cuerpos *cyborg*.

Esta autora intenta encontrarse a través de diversas manifestaciones artísticas, pero particularmente a través del *cyborg*. En sus obras funde su cuerpo con la tecnología, con lo moderno. La búsqueda de Ana Mendieta es en el ámbito del género, en su búsqueda pueden identificarse todas las mujeres; la búsqueda de Laurie Anderson es en el ámbito del individuo, del cuerpo propio y el de compartir su sensibilidad. Esta artista ha sido definida como la nueva Cassandra por visualizar la unión entre el cuerpo y los multimedia. En sus obras hace visible la relación invisible; es como una sibila detentora del futuro.

En Laurie Anderson encontramos una propuesta para tratar de entender el complejo cuerpo de hoy en día; aunque no nos demos cuenta, siguiendo a Anderson, este cuerpo es un *cyborg* en el sentido de que está engranado profundamente con las tecnologías y los medios de comunicación, que son nuestras prótesis.

Con la discusión del multiculturalismo y la presentación de interpretaciones artísticas que están en la búsqueda de nombrar a nuestros complejos cuerpos contemporáneos, hemos tratado de mostrar que sí es posible redescubrir la gran variedad de cuerpos femeninos con los cuales cohabita la otra mitad de la humanidad. Como hemos apuntado, al proponer la búsqueda de nuevos valores universales no queremos encontrar identidades esencialistas; no queremos ni debemos contener a los cuerpos de las mujeres en una gran masa inerte y uniforme, como lo ha hecho la ideología patriarcal haciendo uso de la diferencia sexual. Tan sólo queremos insistir en la necesidad de buscar la forma de darles presencia a todos esos cuerpos que se han mantenido invisibles, subyugados, atrapados, censurados... ausentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Abdelqader Muhammad, Ali (1997). "El Islam y la jornada Europea Averroes: Proyecto de informe sobre la situación del Islam en Europa", en *Revista Verde Islam*, nro. 7, Año 3, pp. 29-39.
- Al-Mu'tamid Ibn'abbad (1982). *Poesías*, Madrid: Clásicos Hispano-Árabes Bilingües, nro. 3 (Antología bilingüe por María de Jesús Rubiera Mata).
- Anderson, Laurie. (2001). "Biography" (en línea) en *Art. 21*, 15 de junio del 2004. Disponible en Web: <http://www.pbs.org/art21/artists/anderson>
- _____, (2004). *Página de Laurie Anderson*, (en línea), 15 de junio. Disponible en Web: <http://www.laurieanderson.com>
- Berlincioni, Vanna. (2001). "Gestione culturale dell'identita: le mutilazioni genitali", (en línea) en *Gli Argonauti*, nro. 83, año XXI. Disponible en Web: http://www.argonauti.it/indici/80_85.html
- Bornay, Erika. (1990). *Las hijas de Lilith*, Madrid: Cátedra.
- Braidotti, Rosy. (1995). *Soggetto Nomade, femminismo e crisi della modernita*, Roma: Donizelli.
- Cimet Shojjet, E. (2001). "Las cuatro muertes de Ana Mendieta: paradojas del performance", (en línea) en *Panoramas 2001*, México: Conaculta. Disponible en Web: http://www.arts_history.mx/panoramas/las_cuatro_muertes.htm
- Cobo, Rosa. y Ana De Miguel (1998). "Diversidad cultural y multiculturalismo", en *Amnistía Internacional: la mutilación genital femenina y los derechos humanos*. Madrid: Los libros de la catarata, 7-14.
- Cobo, Rosa (1999). "Multiculturalismo, democracia paritaria y participación política", en *Política y Sociedad*, nro. 32: 53-65.
- Duncan, M. (1999). "Tracing Mendieta" en *Art in America*, Vol. 87, nro. 4, abril, pp. 110-130.
- Espinosa, Ángeles. (2001). "Kabul, 1422", en *El País Semanal*, Suplemento de *El País*, 27 de mayo: 50-57.

- Gompu, Samya. (2001). "Nawal Al-Sa'dawi Returns to de lion's den", (en línea) en *Middle East Times*. Disponible en Web: <http://www.metimes.com/issue22/eg/5saadawi.htm>
- Harway Dona, J. (1995). *Manifiesto cyborg*, Milano: Feltrinelli.
- Instituto Halal (2004). *Web Islam*, (en línea) nro. 259, 14 junio. Disponible en Web: <http://www.webislam.com/index.htm>
- Mahfuz, Nauib. (1988). *Principio y fin*, Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura.
- Marín, Manuela. (1992). "Nombres sin voz: la mujer y la cultura en al-Andalus", G. Duby y M. Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, Vol. II, Madrid: Taurus, 551-563.
- Mendieta, Ana (2001). "Arte en America tracing Mendieta" disponible en file: [//A/Art%20inAmerica%20tracing%20mendieta](http://A/Art%20inAmerica%20tracing%20mendieta). Consulta realizada en mayo del 2001.
- _____. (2001). "Moving experience" disponible en file: [//A//CARNESELECTA%20\(Ana%20Mendieta%20body%20art%20\)](http://A//CARNESELECTA%20(Ana%20Mendieta%20body%20art%20)) htm. Consulta realizada en mayo del 2001.
- Prasad, A. (1990). "Laurie Anderson. The big picture" (en línea) en "Music Without borders Innerviews". 24 de marzo. Disponible en Web: <http://www.innerviews.org/inner/anderson.html>
- Rawa (2004). *Página de la ONG: Revolutionary Association of the women of Afghanistan*. (en línea) Disponible en Web: <http://www.rawa.org>
- Ruiz Almodóvar, Caridad. (1993). "La mujer en la legislación musulmana", C. del Moral Molina *et al.*, *Árabes, judías y cristianas: mujeres en la Europa medieval*, Granada: Universidad de Granada, 62-75.
- Sa'dawi, Nawal. Al (1989). *Mujer en punto cero*, Granada: NOH Editora.
- _____. (1991). *La cara desnuda de la mujer árabe*, Madrid: Horas y Horas.
- Segura Graiño, Cristina. (1993). "Mujeres públicas/malas mujeres. Mujeres honradas/mujeres privadas", en C. del Moral Molina *et al.*, *Árabes, judías y cristianas: mujeres en la Europa medieval*, Granada: Universidad de Granada, 52-62.
- Touraine, Alain. (1995). "¿Qué es una sociedad multicultural? Falsos y verdaderos problemas", *Claves de Razón Práctica*, octubre nro. 56, 14-25.